

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACIÓN

Los parisienses, que, al entrar hoy en la calle Rambuteau por el lado del Mercado, notan á su derecha, en frente de la calle Mondetour, una cestería que tenía por muestra un canastillo, que figuraba el emperador, con esta inscripción:

NAPOLEÓN HECHO
DE MIMBRES

no sospechan quizá las escenas terribles que se verificaron en aquel sitio hace treinta años.

Allí estaba la calle de la Chanvrerie, que en las antiguas lápidas se escribía Chanverrierie, y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará todo lo que hemos dicho sobre la barricada construída en este sitio, y eclipsada después por la de Saint-Merry. A aquella famosa barricada de la Chanvrerie, sumergida hoy en una noche profunda, es á la que vamos á dar un poco de luz.

Permítasenos antes recurrir, para mayor claridad de nuestra narración, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de Waterlloo. Las personas que

quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que se elevaban en esta época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los mercados de París, donde está hoy la embocadura de la calle Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando á la calle de San Dionisio, por el vértice y por la base, á los Mercados, una *N*, cuyos dos palos verticales serían la calle de la Gran Truanderie y la de Chanvrerie, el trozo transversal y la de la Pequeña Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres brazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles hacía, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio, por una parte, y la calle del Cisne y la de Predicadores por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso, y separadas apenas como los trozos de piedra de una cantera por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas oscuras, oprimidas, angulosas, flanqueadas de caserones de ocho pisos. Estos caserones eran tan decrepitos, que en las calles de la Chanvrerie y de la Pequeña Truanderie las fachadas se apuntalaban con vigas, que iban de una casa á otra.

La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeano tiendas, que parecían cuevas, gruesos guardacantones rodeados de un círculo de hierro, montones gigantescos de basura, puertas armadas de enormes verjas seculares. La calle Rambuteau acabó con todo esto.

El nombre Mondetour pinta maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles. Un poco más lejos

estaban aún mejor expresadas por la calle Pirouette, que se perdía en la calle Mondétour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la calle de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco á poco delante de sí como si hubiese entrado en un gran embudo. Al fin de la calle, que era muy corta, encontraba cortado el paso, por el lado del Mercado, por una alta fila de casas, y creería hallarse en un callejón sin salida, si no descubriese á derecha é izquierda dos bocas oscuras por donde podía salir. Estas formaban la calle Mondetour, la cual iba á encontrar, por un lado, la de Predicadores y, por el otro, la del Cisne y la Pequeña Truanderie. En el fondo de aquella especie de callejón, y en la esquina de la derecha, se veía una casa más baja que las demás, formando una especie de cabo sobre la calle.

En esta casa, que sólo tenía tres pisos, estaba instalada, hacía tres siglos, una ilustre taberna, que producía siempre un ruido alegre en el mismo sitio que el viejo Teófilo ha indicado en estos versos:

Allí se mece el cuerpo
De un amante que se ahorcó.

El sitio era bueno, y los taberneros se sucedían de padres á hijos.

En tiempo de Mathurin Régnier, esta taberna se llamaba el *Tiesto de Rosas*, y como los jeroglíficos estaban de moda, tenía por muestra un poste pintado de color de rosa (1). En el último siglo, el digno

(1) *Pot-aux-roses*, tiesto de rosas, y *Poteau-rose*, poste de color de rosa, se pronuncian lo mismo en francés; por esto un poste pintado de rosa era el jeroglífico del tiesto de rosas.

Natoire, uno de los maestros caprichosos, despreciados por la escuela rígida, se había achispado muchas veces en esta taberna, en la misma mesa en que se había también embriagado Régnier; había pintado, en señal de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto sobre el poste de color de rosa. El tabernero, lleno de alegría, había cambiado la muestra y había hecho pintar en letras doradas, por bajo del racimo, estas palabras: *A las pasas de Corinto*. De aquí el nombre *Corinto*. Nada es más propio de los borrachos que la elipsis. Corinto destronó el tiesto de rosas. El último tabernero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorando la tradición, había hecho pintar el poste de azul.

Esta taberna se componía de lo siguiente:

Una sala baja donde estaba el mostrador; otra encima con el billar; una escalera de caracol que atravesaba el techo; vino en las mesas, humo en las paredes y luz en medio del día. En la sala baja había una escalera de trampa que bajaba á la cueva. En el segundo piso estaba la habitación de los Hucheloup: se subía á ella por una escalera, ó más bien escala, y tenía por toda entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado había dos grandes graneros abuhardillados, que eran los nidos de las criadas. La cocina dividía el entresuelo con la sala del mostrador.

El tío Hucheloup había nacido quizá químico; el hecho es que era cocinero; en su taberna, no sólo se bebía, sino que se comía. Hucheloup había inventado una cosa excelente, que no se comía más que en su casa, carpas rellenas, que él llamaba *carpes au gras* (carpas con manteca). Comíanse á la luz de una vela de sebo, ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas que tenían, á guisa de mantel, un hule clavado; y acudían á saborear aquel plato

desde muy lejos. Hucheloup de repente había creído conveniente anunciar á los transeuntes «su especialidad»; había mojado un pincel en una olla de pintura negra, y como tenía una ortografía propia, lo mismo que un arte culinario propio, había improvisado esta notable inscripción:

CARPES HO-GRAS

Un invierno, la lluvia y los chaparrones habían tenido el capricho de borrar la S en que terminaba la primera palabra, y la G con que empezaba la tercera, y había quedado esto:

CARPE HO RAS

De modo que, con el auxilio del tiempo y de la lluvia, aquel humilde anuncio gastronómico se había convertido en un consejo profundo.

Así, pues, el tío Hucheloup, que no sabía francés, se había encontrado con que sabía latín, con que había hecho salir de la cocina la filosofía y con que, queriendo simplemente eclipsar al gran cocinero Careme, se había igualado á Horacio. Pero lo más notable era que también esto quería decir: «entrad en mi taberna».

Nada de esto existe hoy. El dédalo Mondetour fué abierto en 1847, y probablemente no existe en este momento; la calle de la Chanvrerie y de Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinto era uno de los puntos de reunión, ya que no el cuartel general de Courfeyrac y sus amigos. Grantaire había sido el descubridor de Corinto. Había entrado allí á causa del *carpe horas*, y había vuelto á causa del *carpes au gras*. Allí se bebía, se comía, se gritaba, se pagaba

poco, se pagaba mal, no se pagaba y siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, un buen hombre, como acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida. Tenía siempre la cara de mal humor; parecía querer intimidar á sus parroquianos; refunfuñaba á los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y, sin embargo, repetimos que todos eran bien recibidos. Su capricho había acreditado su establecimiento, y acudían á él los jóvenes, diciendo:—Ven, vamos á oír gruñir al tío Hucheloup. Había sido maestro de armas; se reía á carcajadas y de repente; tenía voz gruesa; era un buen diablo. Tenía fondo cómico y apariencia trágica; no quería más que causar miedo; así como esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es el estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un ser barbudo y muy feo.

Hacia 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas con manteca. Su viuda, poco consolable, continuó con la taberna. Pero la cocina degeneró y llegó á ser malísima; el vino, que antes había sido sólo malo, llegó á ser pésimo. Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo á Corinto, á pesar de esto, «por compasión», según decía Bossuet.

La viuda Hucheloup era una tía coloradota y deforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación de las palabras con que les evocaba. Tenía un modo de decir las cosas, que sazónaba sus reminiscencias primaverales y de aldea. Decía que, en otro tiempo, había sido su gran placer oír «cantar al ruin-señor en la serva».

La sala del primer piso donde estaba «el comedor» era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja de billar. Se subía por la escalera de caracol, que concluía en el ángulo de la sala, por un agujero cuadrado, semejante á la escotilla de un buque.

Esta sala, iluminada por una sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecía una buhardilla. Todos los muebles de cuatro piés estaban como si sólo tuviesen tres. Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían más adorno que este cuarteto, en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, á dos espanta;
Una berruga habita su nariz de gigante;
Esa nariz que veis desmesurada
Hará, cuando se suene, una que sea sonada.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día con una perfecta tranquilidad. Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelote, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban á la señora Hucheloup á poner en las mesas los jarros de vino, la variedad de pistos que se servían á los hambrientos en cazuelas de barro.

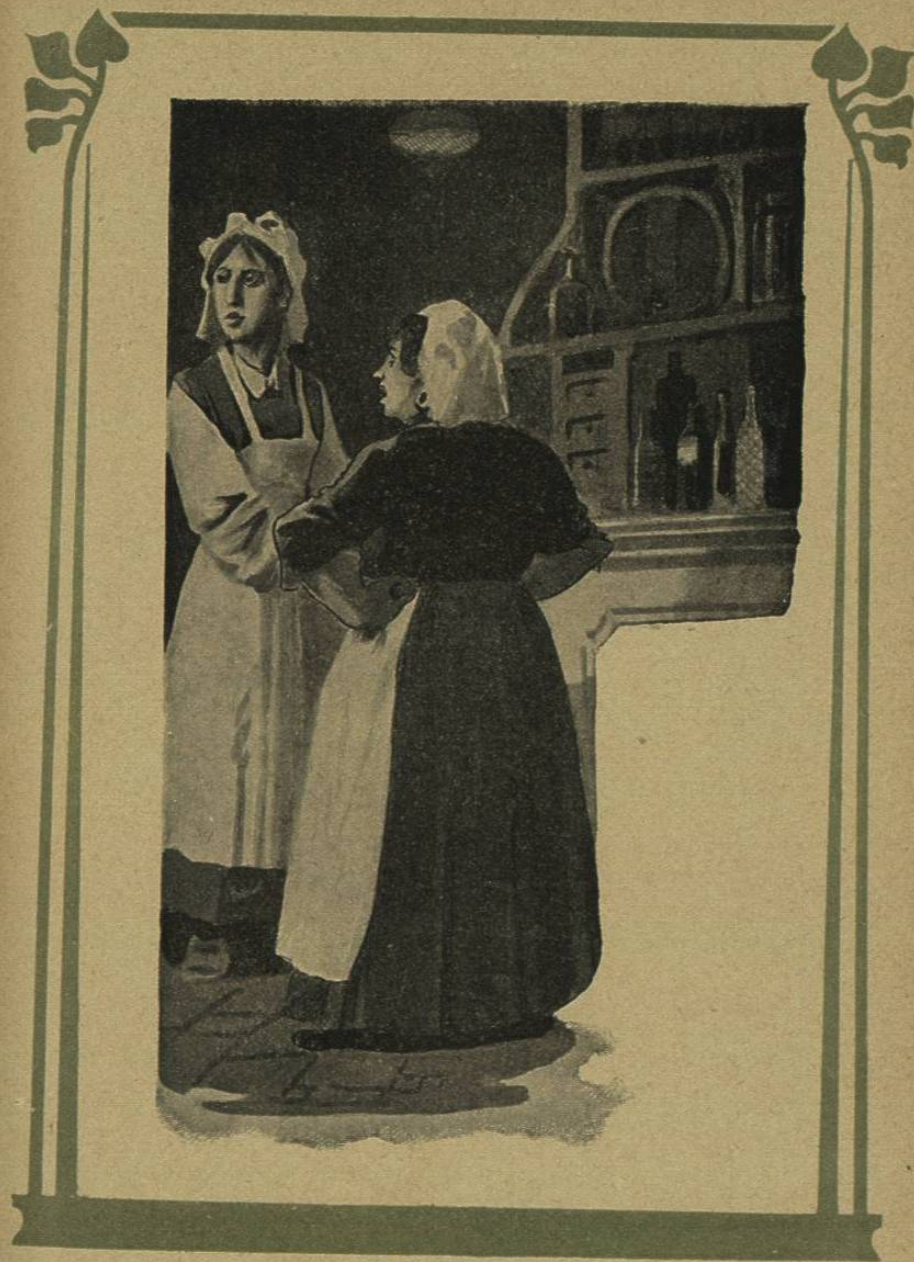
Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la señora Hucheloup.

Gibelote era alta, delgada, de blancura linfática,

con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera y se acostaba la última; servía á todo el mundo, aún á la otra criada, en silencio y con dulzura, sonriendo bajo el trabajo con una especie de vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía sobre la puerta este verso, escrito con yeso por Courfeyrac:

Regálate si puedes,
y come si te atreves.



Matelote y Gibelote